

EL VILLANO EN SU RINCÓN

de Lope de Vega

Personas que hablan en ella:

- LISARDA, labradora
- BELISA
- COSTANZA
- OTÓN, caballero
- FINARDO
- MARÍN, lacayo
- El REY de Francia
- La INFANTA, su hermana
- El ALMIRANTE
- JUAN Labrador
- FELICIANO, labrador
- FILETO, labrador
- BRUNO, labrador
- SALVANO, labrador
- TIRSO, labrador
- Un ALCALDE
- MÚSICOS
- VILLANOS
- CRIADOS
- ENMASCARADOS
- ACOMPAÑAMIENTO

ACTO PRIMERO

*LISARDA y BELISA, en hábito de damas.
Detrás, OTÓN, FINARDO y MARÍN*

BELISA: Vuelve muy aprisa Amor
por las prendas empeñadas.

LISARDA: Todo lo que éste me ha dado,
de opinión ha de perder,
si agora viene a saber
la calidad de mi estado;
mas podré remediar
con darle una prenda yo
que valga más.

BELISA: Eso no.

OTÓN: Quiero, Finardo, llegar.

A LISARDA

A mucha descortesía,
hermosa dama, tendréis,
y apostaré que estaréis
descontenta de la mía
porque sirviéndoos vengo
y que una vez vuelvo a hablaros.

LISARDA: Yo me holgara de obligaros
por el peligro que tengo,
señor, a que me dejéis,
cierto de que en el lugar
donde hoy me visteis llegar,

muchas veces me veréis;
y para satisfacción
de que no os digo mentira
--porque no sabe quien mira
las más veces la intención--
esta sortija tomad.

OTÓN: Por prenda vuestra la aceto,
y no seguiros prometo,
si no es con la voluntad.

No os espante el ver que siga,
pues el alma me lleváis,
ni el ver, pues ya me dejáis
que esto tan aprisa os diga;
que sabe el cielo que es fuerza,
y que no he podido más.

LISARDA: El noble que ama, jamás
hizo a lo que quiso fuerza.

Esto espero yo de vos,
pues vuestra nobleza es llana;
que aquí me veréis mañana.
Y quedaos con Dios.

OTÓN: Adiós.

LISARDA: Yo os juro que, si os agrado,
que de vos lo voy también,
y que procediendo bien,
os doy amor por cuidado.

OTÓN: Yo no pasaré de aquí
satisfecho que os veré.

LISARDA: Pues yo de aquí pasaré
si vos me obligáis así.

OTÓN: Digo que vais en buena hora.

LISARDA: Satisfecha voy de vos.

OTÓN: Id con Dios.

LISARDA: Quedad con Dios.

Vanse ellas

FINARDO: ¿Qué tenemos?

OTÓN: Que es señora
de gran calidad, sin duda.

FINARDO: Lindamente os ha engañado.

OTÓN: Yo me doy por bien pagado,
que eternamente acuda
donde dice que vendrá.

FINARDO: ¿Qué te parece, Marín,
de éste, tu señor?

MARÍN: Que en fin
tras sus antojos se va.
¿Qué bestia le hubiera dado
tantas joyas a mujer
sin coche, silla, o traer

sólo un escudero al lado?

OTÓN: No la pensaba seguir...
La palabra me tomó...
pero perdonad, que yo
os tengo de ver mentir,
y me habéis de confesar
que soy más cuerdo, aunque poco.
Parte, por gusto de un loco,
Marín, hasta verla entrar
en la casa donde vive.
¿Qué miras? Véla siguiendo.

MARÍN: Voy tras ella, porque entiendo
que ya Finardo apercibe
la vaya que te ha de dar.

OTÓN: No hará, por vida de Otón;
que yo sé que es ocasión
para podella envidiar.

Vase MARÍN

FINARDO: Fingís estar engañado
por que no os tenga por necio.

OTÓN: Para mí no tiene precio,
Finardo, un término honrado.

FINARDO: ;Término honrado es tomar

que no se ha de destapar,
porque en viéndola, no hay dar
una blanca de valor.

Ésta, fiada en el pico,
dos melindres y un enfado,
y algo de un ojo rasgado
que encubre nariz y hocico,
pesca de sólo su anzuelo
camarones, pececillos,
guantes, tocas y abanillos
del boquirrubio mozuelo.

Otra sale con su manto
como barba hasta la cinta;
que por lo casto se pinta
de lo que aborrece tanto.

Pesca un barbo boquiabierto,
de estos que andan a casarse,
que piensan que han de toparse
con un tesoro encubierto;

lleva arracadas y cruces.
Otra sale a lo bizarro,
tercia el manto con desgarro,
y anda el rostro entre dos luces.

Ésta viene más fiada
en la cara bien compuesta,
descubierta a la respuesta,

y, cuando pide, tapada,
pesca un delfín a caballo,
que se apea a no lo ser;
cuerto digo al mercader,
que sabe bien castigallo,
y quédalo por la pena.

Otra veréis cuyo fin
es dar un nuevo chapín,
que aquella mañana estrena.

Acuden a la virilla
de plata resplandeciente,
mil peces de toda gente;
y ella salta, danza y brilla.

Pesca medias y otras cosas.
Dice que vive, a diez hombres,
en calles de treinta nombres.
Otras hay más cautelosas,
de estas de coche prestado.

Pescan un señor seguro,
llevan diamante, oro puro,
que se cobra ejecutado.

Hay a la noche bujías,
pastilla, esclavilla y salva;
y vase a acostar al alba,
después de seis gracias frías
y un poquito de almohada.

Otras hay que andan al vuelo.

No penen cebo al anzuelo

ni van reparando en nada

porque son red barredera

de los altos y los bajos.

Éstas pescan renacuajos,

mariscando la ribera,

porque llevan avellanas,

duraznos, melocotones,

huevos, sardinas, melones,

besugos, peras, manzanas,

y zarandajas ansí.

De éstas ya habréis escogido

lo que vuestra dama ha sido;

que yo lo sé para mí.

OTÓN: Paréceme discreción

de apretante cortesano.

¡Qué enfadoso estáis!

FINARDO: Es llano

diciéndoos verdad, Otón.

Sale MARÍN

MARÍN: ¡Ea, albricias!

OTÓN: ¿Cómo ansí?

MARÍN: ¡Linda cosa!

OTÓN: ¿De qué modo?

MARÍN: ¡Oh, bien empleado todo
cuanto se lleva de aquí!

OTÓN: ¿Es acaso gran señora?

MARÍN: No; pero muy gran bellaca,
pues con invenciones saca.
Y se va riendo agora.

FINARDO: "Riendo se va un arroyo,
sus guijas parecen dientes."

OTÓN: ¿Hacéis burla?

FINARDO: No le cuentes
si era fregona de poyo,
 o damisela de aquellas
de guadamecí en invierno,
sino ríñele lo tierno
con que se muere por ellas,
 y el crédito que les da
a sus vidrios engastados.

MARÍN: Pienso dejaros helados
si os lo cuento.

OTÓN: Acaba ya.

MARÍN: Seguí este diablo o mujer
casi hasta el fin de París;
que pensé que a San Dionís
iba, por dicha, a comer.

Llegó la tal a un mesón,
entró en él, y a un aposento
se fue derecha al momento.
Forjo una linda invención
y entro al descuido a saber
de cierto español correo.
Miro al aposento, y veo
desnudarse la mujer,
y vestirse poco a poco
de labradora, y después
salir con ella otras tres.

FINARDO: ¡Para engañar a otro loco!

MARÍN: No, por Dios; mas un villano
un carro sacó al instante,
y ella, poniendo delante
del rostro con blanca mano,
un velo sutil, subió,
y, en una alfombra sentada,
la primavera esmaltada
por abril, me pareció.

Bien puede ser que si vieras
en el traje la mujer
que tuvieras más que hacer
porque hasta el lugar te fueras.

Iba un villanillo a pie,
y preguntéle quién era,

y dijo de esta manera--

"¿Qué lo pregunta? Él, ¿no ve

que es hija de mi señor,

Juan Labrador?" "Es gallarda,

dije--¿Donde vive? Aguarda"

Y respondiôme, "En Belflor,

ese lugar del camino

del bosque en que caza el rey."

FINARDO: Villana es a toda ley,

que en traje de dama vino

a burlar en la ciudad

un moscatel como vos.

OTÓN: ¿Juan Labrador?

MARÍN: Sí, por Dios.

OTÓN: ¡Qué extraña temeridad!

Pues, ¡cómo una labradora

este diamante me dio?

FINARDO: Porque si es vidrio, os burló.

OTÓN: Eso sabremos agora.

Camina a la platería.

MARÍN: Sea dama o labradora,

no es tan hermosa la aurora

cuando abre la puerta al día.

FINARDO: ¿Que es tan hermosa, Marín?

MARÍN: No hay cosa que más lo sea.

Haz cuenta que en una aldea

se ha humanado un serafín.

**Vanse. Salen JUAN Labrador, FILETO, BRUNO Y
SALVANO**

JUAN: Creo que os he de reñir
con las hoces en las manos.
Salid acá, cortesanos.

FILETO: ¿Ya escopienzas a reñir?

 Pero donaire has tenido,
pues cortesanos nos llamas,
pensando que nos infamas
con ese honrado apellido.

JUAN: Fileto, el nombre "villano,"
del que en la "villa" vivía
se dijo, cual se diría
de la "corte" el "cortesano."

 El cortesano recibe
por afrenta aqueste nombre,
siendo villano aquel hombre
bueno, que en la villa vive.

 Y pues nos llama "villanos"
el cortesano a nosotros,
también os llamo a vosotros
por afrenta, "cortesanos."

FILETO: Señor ha dicho muy bien.

JUAN: ¡Ea!, pues alto al trabajo,
y pues yo mi cuello abajo,
bájenle todos también.

¿Cuántos salieron a arar?

SILVANO: Veinte mozos, diez con bueyes
y diez con mulas.

JUAN: ¿Qué reyes
no me pueden envidiar?

Ve tú, Salvano, a la viña
de la ermita con tu carro.

SALVANO: Como ha llovido y es barro
lo más de aquella campiña,
otra mula llevaré.

JUAN: Lleva cuatro. Dios loado,
que tantos pares me ha dado,
pues aun contarlos no sé.

Vase SALVANO

Ea, tú Bruno, a la cuesta
donde vendimia Costanza.

BRUNO: Yo voy.

Vase

JUAN: Tú, Fileto, alcanza
la más blanca y limpia cesta,
 y de unas uvas doradas
que se vengan a los ojos
y estén sus racimos rojos
por las mañanas heladas,
 descubriendo como el sol
el puro color del oro,
la llena y lleva a Peloro,
nuestro vecino y doctor.

FILETO: Manda a Gila que me dé
un paño de manos bueno,
labrado o de randas lleno,
y en somo le posaré.

JUAN: ¿No eres más necio? ¿No sabes
que a peligro el paño está
de que se te quede allá?

FILETO: Entre personas muy graves
 platos y paños se vuelven.

JUAN:

 [--elven,]
 los pámpanos, de manera
unos en otros asidos,

con clavellinas tejidos
que vayan cayendo afuera;
 que juntas hojas y flores
parece, si están lozanos,
sus hojas paños de manos,
y los claveles labores.

FILETO: Voy, y la pondré de suerte
que al rey se pueda llevar.

JUAN: Aquí te quiero aguardar.

FILETO: Al momento vuelvo a verte.

Vase

JUAN: ¡Gracias, inmenso cielo,
a tu bondad divina!
No tanto por los bienes que me has dado,
pues todo aqueste suelo
y esta sierra vecina
cubren mis trigos, viñas y ganado;
ni por haber colmado
de casi blanco aceite
de estas olivas bajas,
a treinta y más tinajas,
donde nadan los quesos por deleite,
sin otras, de henchir faltas,
de olivas más ancianas y más altas;
 no porque mis colmenas,

de nidos pequeñuelos,
de tantas avcillas adornadas,
de blanca miel rellenas,
que al reírse los cielos
convierten de estas flores matizadas;
ni porque estén cargadas
de montes de oro en trigo
las eras que a las trojes
sin tempestad recoges,
de quien Tú, que los das, eres testigo,
y yo, tu mayordomo,
que mientras más adquiero, menos como;
 no porque los lagares,
con las azules uvas
rebozen por los bordes a la tierra,
ni porque tantos pares
de bien labradas cubas
puedan bastar a lo que octubre encierra;
no porque aquella sierra
cubra el ganado mío,
que allá parecen peñas,
ni porque con mis señas,
bebiendo de manera agota el río,
que en el tiempo que bebe,
a pie enjuto el pastor pasar se atreve;
 las gracias más colmadas

te doy porque me has dado
contento en el estado que me has puesto.

. [--adas]

. [--ado]

. [--esto].

Parezco un hombre opuesto
al cortesano, triste
por honras y ambiciones,
que de tantas pasiones
el corazón y el pensamiento viste,
porque yo sin cuidado
de honor con mi iguales vivo honrado.

Nací en aquesta aldea,
dos leguas de la corte,
y no he visto la corte en sesenta años,
ni plega a Dios la vea,
aunque el vivir me importe
por casos de fortuna tan extraños.

Estos mismos castaños,
que nacieron conmigo,
no he pasado en mi vida;
porque si la comida
y la casa, del hombre dulce abrigo,
adonde nace tiene,
¿qué busca, adónde va, ni adónde viene?

Ríome del soldado,

que como si tuviese
mil piernas y mil brazos, va a perdellos;
y el otro, desdichado,
que como si no hubiese
bastante tierra, asiendo los cabellos
a la Fortuna, y de ellos
colgado el pensamiento,
las libres mares ara,
y aun en el mar no para,
que presume también beber el viento.
¡Ay, Dios, qué gran locura
buscar el hombre incierta sepultura!

Sale FELICIANO

FELICIANO: Ansí Dios te dé placer,
padre mío y mi señor,
que me hagas un favor.

JUAN: Muchos te quisiera hacer.

FELICIANO: Pues ven, por tu vida, a ver
al rey, que muy cerca pasa
del umbral de nuestra casa,
que va a cazar a su monte.
Tu capa y sombrero ponte,
que el sol en vendimia abrasa.

Ven a ver las damas bellas
que acompañan a su hermana,
que sale como Diana
entre planetas y estrellas.
Con ella compiten ellas,
y ella con el sol divino.
Ven, porque todo el camino
se cubre de más señores
que tienen los campos flores
y fruta aquel verde pino.

Ven a ver cuán envidioso
está el sol de los caballos,
porque quisiera roballos
para su carro famoso.
Verás tanto paje hermoso
que el pecho tierno atraviesa
con banda blanca francesa,
opuesta al rojo español,
ir como rayos del sol
por esa arboleda espesa.

¡Ea, padre, que esta vez
no has de ser tan aldeano!
Da, por tu vida, de mano
a tanta selvaticuez.
Alegra ya tu vejez,
hinca la rodilla en tierra

al rey, que con tanta guerra
te mantiene en paz.

JUAN:

¡No más!

que pesadumbre me das!

La boca, ignorante, cierra.

¿Qué es ver al rey? ¿Estás loco?

¿De qué le importa al villano

ver al señor soberano,

que todo lo tiene en poco?

Los últimos pasos toco

de mi vida, y no le vi

desde el día en que nací;

pues, ¿tengo de verle ya,

cuando acabándose está?

Más quiero morirme así.

Yo he sido rey, Feliciano,

en mi pequeño rincón;

reyes los que viven son

del trabajo de su mano;

rey es quien con pecho sano

descansa sin ver al rey,

obedeciendo su ley

como al que es Dios en la tierra,

pues que del poder que encierra

sé que es su mismo virrey.

Yo adoro al rey; mas si yo

nací en un monte, ¿a qué efecto
veré al rey, hombre perfecto,
que Dios singular crió?
El cura nos predicó
que dos ángeles tenía
que le guardan noche y día,
y que ésta fue su opinión
sin la mucha guarnición
de su armada infantería.

Yo propuse, Feliciano,
de no ver al rey jamás,
pues de la tierra en que estás
yo tengo el cetro en la mano.
Si el rey, al pobre villano
que ves, prestado pidiese
cien mil escudos, y hubiese
grande que así los prestase
--¿qué es prestase?, presentase--
que en un cordel me pusiese.

Daré al rey toda mi hacienda,
hasta la oveja y el buey;
mas yo no he de ver al rey
mientras de esto no se ofenda.
¿Hame de dar encomienda
ni plaza de consejero?
Servirle y no verle quiero,

porque al sol no le miramos
y con él nos alumbramos,
pues tal al rey considero.

No se deja el sol mirar,
que es su rostro un fuego eterno;
rey del campo que gobierno
me soléis todos llamar;
el ave que hago matar
sábele allá de otro modo,
ni el vino oloroso es todo
porque le falta haber sido
él mismo quien le ha cogido
para que le sepa más;
que en las viñas donde estás
lo que he sembrado he bebido.

Los coches pienso que son
éstos que vienen sonando.
Ya me escondo, imaginando
su trápala y confusión.
¡Ay, mi divino rincón,
donde soy rey de mis pajas!
¡Dura ambición! ¿Qué trabajas
haciendo al aire edificios,
pues los más altos oficios
no llevan más de mortajas?

Vase

FELICIANO: ¿Qué bárbaro produjeron
las montañas del Caucaso?
¿Qué abárimo, qué circaso
sus ocultos montes vieron?
¿A qué león leche dieron
las albanesas leonas,
ni en todas las cinco zonas
vio el sol por fuegos o hielos,
corriendo sus paralelos,
sus círculos y coronas,
 con semejante rigor?
¿Hay tan grande villanía?
¿De ver al rey se desvía?
¡Y al que es supremo señor!

Salen LISARDA y BELISA, de labradoras

LISARDA: ¡De qué famosa labor
iba bordada la saya!

BELISA: No presumo yo que haya
en el sur perlas más bellas.

LISARDA: Allá envían a cogellas

a la más remota playa.

BELISA: Hermosa la infanta iba.

LISARDA: Cuando no fuera quien es,
su hermosura era interés
que en más alto reino estriba.

BELISA: Pensé que era, así yo viva,
uno de aquellos señores,
el que allá te dijo amores
cuando fuiste disfrazada.

LISARDA: Pues no estuviste engañada;
yo le estuve en sus favores.

BELISA: Mira que está aquí tu hermano.

LISARDA: Feliciano...

FELICIANO: Mi Lisarda...

LISARDA: ¿Viste la corte gallarda?

FELICIANO: Vi nuestro rey soberano.

LISARDA: ¿Y no viste, Feliciano,
tantas damas, tal belleza?

FELICIANO: Admiróme su grandeza
de suerte que a toda furia
vine a llamar quien injuria
la misma naturaleza.

Rogué a mi padre que fuese
a ver al rey.

LISARDA: ¡Necedad!

¿Tan extraña novedad

--a lo menos no me atrevo--
porque sé bien que si pruebo,
conmigo se ha de enojar.

Si en las justas y torneos
puedo disfrazado entrar,
allá procuro llegar,
y si no, con los deseos.

No sé cómo me engendró.

LISARDA: Pues, ¿qué te diré de mí?
Jamás a la corte fui
que allá pareciese yo.

Mi ropa, basquiña y manto,
guante y dorado chapín,
puede mirallo el delfín.

FELICIANO: De su rudeza me espanto.

Yo voy a la iglesia, hermana,
porque oí decir que oiría
misa el rey en ella.

LISARDA: Haría
nuestra aldea cortesana.

Y aun allí podría ser
que nuestro padre le viese,
aunque verle no quisiese,
pues nunca le quiere ver.

FELICIANO: No hayas miedo, porque está,
desde que el rey ha sentido,

o encerrado o escondido.

LISARDA: Pues, ¿a misa no saldrá?

FELICIANO: Perderá la, por no ver
la corte, el rey, ni las damas.

LISARDA: ¿Y bárbaro no le llamas?

FELICIANO: Ni aun hombre mereció ser.

Voyme, porque para mí
nunca amanece tal día.

Vase

LISARDA: ¿Qué dirás, Belisa mía,
de lo que ha pasado aquí?

BELISA: Digo que como la gente
del lugar toda entrará
a ver al rey, si allá está
puedes muy honestamente
verle y ver si está con él
el que las joyas te dio.

LISARDA: Digo que le he visto yo,
Belisa, y muy cerca de él.

BELISA: ¡Cosa que fuese señor
de importancia!

LISARDA: No quisiera
que tan grande señor fuera

como imposible mi amor.

Pero vamos a saber
lo que hizo la Fortuna;
que quien nació sin ninguna,
¿de qué la puede temer?

Mas tenga este desengaño
mi padre, Juan Labrador;
que no lo ha de ser mi amor
sin hacer a mi honor daño.

Yo no nací, mi Belisa,
para labrador por dueño;
para mí su estilo es sueño,
y su condición es risa.

Yo me tengo de casar,
por mi gusto y por mi mano,
con un hombre cortesano,
y no en mi propio lugar.

BELISA: ¿No me llevarás contigo?

LISARDA: Conmigo te llevaré.

Para corte me crié;
su estilo y leyes bendigo.

BELISA: Vamos, y deja el aldea.

LISARDA: ¡Ay, si hablase aquel señor!

BELISA: No es imposible tu amor,
como título no sea.

LISARDA: Puédele mi padre dar

de dote cien mil ducados.

BELISA: Ducados hacen ducados;
con duque te has de casar.

Vanse

*El REY de Francia, la INFANTA, FINARDO, OTÓN,
MARÍN, acompañamiento*

REY: ¿Habéislo preguntado?

OTÓN: Ya se viste;
porque no fue poca dicha, porque es tarde.

INFANTA: La iglesia me contenta, aunque es antigua,
y los altares tienen, para aldea,
mejores ornamentos que la corte.

OTÓN: Pienso que en ella vive un hombre rico,
que debe de tener este cuidado.

REY: ¿Qué piedra es ésta escrita, que sostiene
este pilar?

INFANTA: Será alguna memoria.
¿Eso a leer se pone vuestra alteza?

Salen FILETO, BRUNO, y SALVANO

FILETO: Pisa quedito, Bruno, no te sientan.

BRUNO: Pues, ¿fuera yo más quedo sobre huevos?

SALVANO: ¿Éste es el rey?

FILETO: Aquel mancebo rojo.

SALVANO: Yo he visto en un jardín pintado al César,
a Tito, a Vespasiano y a Trajano;
pero estaban rapados como frailes.

BRUNO: Ésos eran coléricos, que apenas
sufrían sus bigotes, y de enfado
se dejaban rapar barba y cabeza.

INFANTA: ¿De qué está riendo vuestra alteza?

REY: ¿No quieres que me ría, si he leído
la cosa más notable en esta piedra
que está en el mundo escrita, ni se ha oído?

INFANTA: Pues no se espante de eso vuestra alteza;
que en los sepulcros hay notables cosas.

OTÓN: Estando yo en España y en Italia,
he visto algunos de moria dignos.

REY: Plutarco hace mención, y por testigo
pone a Herodoto, del sepulcro insigne
que en la puerta mayor de Babilonia
hizo la gran Semíramis de Nino,
convidando a tomar de sus dineros
al rey que de ellos fuese codicioso.
Abrióle Dario, rey de Persia, y dentro
halló sola una piedra que decía,

"Si no fueras avaro y ambicioso,
no vieras las cenizas de los muertos."

OTÓN: De Herodes cuenta la codicia misma,
Josefo, historiador de tanto crédito.
Abrió, pensando hallar ricos tesoros,
del gran David y Salomón las urnas.

INFANTA: Notables fueron en antiguos tiempos
de la bárbara Egipto los pirámides.

OTÓN: En Lusitania, en una piedra había
escritas estas letras, "Gundisalvo
yace debajo aquesta losa fría;
boca abajo mandó que le enterrasen,
porque da tan apriesa vuelta al mundo,
que quedará muy presto boca arriba
y así quiso excusarse del trabajo."

REY: ¡Notable!

INFANTA: No se ha visto semejante.

REY: Éste merece letras en diamante.

INFANTA: ¿Cómo dicen, señor?

REY: De aquesta suerte,
aunque le falta el año de la muerte:

"Yace aquí Juan Labrador,
que nunca sirvió a señor,
ni vio la corte, ni al rey,
ni temió ni dio temor;

ni tuvo necesidad,
ni estuvo herido ni preso,
ni en muchos años de edad
vio en su casa mal suceso,
envidia ni enfermedad."

INFANTA: ¿No dice cuando murió?

REY: No escribe el año ni el mes.

INFANTA: Por ventura es vivo.

REY: Yo

diera un notable interés
por que viviera.

INFANTA: Yo no.

REY: Yo sí, para conocer
un hombre tan peregrino.

OTÓN: Presto lo podrás saber.

Salen LISARDA y BELISA

LISARDA: A misa dicen que vino.

BELISA: Mas, ¿Si acertase a saber

aquél tu desasosiego?

LISARDA: No dudes de que aquí está.

BELISA: Si lo está verásle luego.

LISARDA: No lo dudo, porque habrá

la luz de su mismo fuego.

OTÓN: Aquí hay muchos labradores
de los que vienen a verte;
si es tu gusto, no lo ignores.

REY: De lo que le tengo advierte
a alguno de los mejores.

OTÓN: Hola, amigos, el rey hablaros quiere.
¿Cuál es de todos de mejor juicio?

BRUNO: Yo ha poco que era el más discreto; agora,
no sé en lo que ha topado, no soy tanto.

FILETO: Aquí Salvano sabe más que Bruno,
y yo suelo saber más que Salvano,
porque sé de las misas lo que es "quiries"
y canto por la noche el "Tanto negro;"
pero pienso, señor que me turbase...

OTÓN: ¿Cómo turbar? ¿No veis cuán apacible,
cuán humano es el rey? Que los leones
son graves con los graves animales,
y humildes con los tiernos corderillos.
No temáis porque el rey hablaros quiere.

FILETO: Yo voy en su grandeza confiado.

OTÓN: Aquí viene, señor, el más discreto
de aquestos labradores y villanos.

FILETO: Hablando con perdón, yo soy discreto.

REY: ¿Sois muy discreto vos?

desplega algunas hojas y otras coge.

REY: ¿Es rico?

FILETO: Es espantosa su riqueza.

Tiene de su labor más de cien hombres,
ochenta bueyes y cincuenta mulas.

REY: ¿Qué viste?

FILETO: Paño tosco.

REY: ¿En qué come?

FILETO: En barro muy grosero.

REY: ¿Por qué causa?

FILETO: Porque es el más humilde de los hombres.

REY: ¿Tiene mucho dinero?

FILETO: Como paja.

REY: ¿Cómo trae sus hijos?

FILETO: En su traje,
a honor y devoción de su linaje.

REY: ¿Es avariento?

FILETO: No, porque a los pobres
reparte la más parte de su hacienda.

REY: ¿Por qué dice que al rey jamás ha visto?

FILETO: Porque él dice, y lo creo, que es honrado,
que es rey en su rincón, y que sus padres
no le vieron tampoco, y le sirvieron,
amaron, respetaron y temieron,
y que él le teme y ama y le respeta,
y no le quiere ver, sino serville,

y a su tiempo dineros emprestalle.

REY: Si le envío a llamar, ¿no querrá verme?

FILETO: Está escondido agora; que las veces
que pasas a cazar por esta aldea,
se esconde, que no hay hombre que le vea.

REY: ¡Que viva un hombre aquí tan poderoso!
¡Dichoso el que da leyes a su casa
y en sus umbrales tan contento pasa!

FILETO: Si quieres ver, señor, una serrana
hermosa como el sol, que es hija suya,
haz que se acerque la de la patena,
que se precia de ser muy cortesana.

REY: Llámala, Otón.

OTÓN: Aquí os llegad, señora.

LISARDA: ¿Qué manda su reverencia?

Aparte a su amo

MARÍN: Señor, ¿no es ésta la dama
de París?

OTÓN: El rey la llama.
Ten silencio.

MARÍN: Y tú paciencia.

REY: ¿Sois hija de este buen viejo

que llaman Juan Labrador?

LISARDA: Yo soy su hija, señor,
y aunque tosca, fui su espejo.

REY: Hermana, por vida mía,
que en la moza reparéis.

INFANTA: Muy buena traza tenéis.

LISARDA: Donde está tu infantería,
¿qué traza puedo tener?

INFANTA: ¡Infantería! ¡Oh, qué gracia!

LISARDA: ¿Cuál fuera mayor desgracia,
si igualdad pudiera haber?

¿Decir vos que yo tenía
traza sin ser edificio
o yo, pues es vuestro oficio,
llamaros infantería?

El llamar a un rey "alteza,"
que lo llaman a una torre,
aunque es lenguaje que corre,
no es propiedad ni pureza.

Si a señor es "señoría,"
y al excelente le dan
"excelencia," bien dirán
a una infanta "infantería."

REY: No me parece muy lerda,
y el talle es todo donaire.

LISARDA: Como nos da tanto el aire,

OTÓN: ¡Extremada condición!
Pues sea "¿sabéis" la una;
será la otra "quién soy?"

LISARDA: Escuchadme las dos mías,
hidalgo, que os guarde Dios.
La una es la "¡reverencia,"
y la otra será, "no!"

OTÓN: Replico que habéis mentido.

LISARDA: Replico que mentís vos.

OTÓN: Que en París os vi, respondo,
y que esa mano me dio
este diamante.

Aparte [a OTÓN]

LISARDA: Es verdad.

Pero no será razón
que os hable entre tanta gente,
porque son de la labor
de la hacienda de mi padre,
y perderé mi opinión.

Fuera de eso, yo soy hija,
ya lo veis, de un labrador,
y vos seréis duque o conde.

OTÓN: Soy mariscal, soy Otón,

de la cámara del rey,
pero nos iguala amor.

LISARDA: Un olmo tiene esta aldea,
a donde de noche, al son
de tamboril y guitarras,
las mozas de Mirafior
bailan por aquestos días.
Allí hablaremos los dos
como vengáis disfrazado.

OTÓN: Haréisme un grande favor.

A LISARDA

BELISA: Mira, que te están mirando.

LISARDA: ¡Ay, Belisa!, que ya voy.

OTÓN: El corazón me lleváis.

LISARDA: Y aquí os deajo el corazón.

BRUNO: Luego, aquí estos palaciegos
habran las mozas de amor.

FILETO: Son diablos, con sus razones
derribaran a Sansón...
Señora, vamos de aquí,
porque tenemos temor;
que si viene Feliciano,
puede ser que haya cuestión.

LISARDA: Id delante; que ya vamos.

*Vanse LISARDA, BELISA, FILETO, BRUNO y
SALVANO*

MARÍN: Un guante caer se dejó.

FINARDO: ¡Qué discreta!

MARÍN: ¡Qué bellaca!

FINARDO: No en balde el rey la miró;
es mozo y ella gallarda.
No es de escardillo ni hoz
el guante de esta doncella.

OTÓN: No es sino caja en que Amor
guarda las flechas que tira.

MARÍN: ¡Que mala comparación!
Porque habiendo de ser nieve
los dedos que aquí guardó,
las flechas de Amor son fuego,
y vienen a [hac]er carbón.

OTÓN: Por lo que abrasan, me agradan...
Pero el Rey no me agradó;
que no sé qué le decía.

FINARDO: Yo lo entendí.

OTÓN: Pues yo no.

FINARDO: Dijo que había de hacer

que a queste Juan Labrador
viese rey, señor sirviese.

OTÓN: Vamos, porque pienso yo
que ha de ser dificultoso.

FINARDO: ¡A un rey de tanto valor,
que tiemblan sus flores de oro,
el scita, el turco feroz!

OTÓN: Qué mal, Finardo, conoces,
si nunca te sucedió,
llegar de noche mojado,
o a la siesta con el sol,
o perdido por un monte,
si de lejos te llamó
el fuego de los pastores
o de los perros el son
después que de voces ronco
te dieron alguna voz;
y entraste en pobre cabaña
que tiene por guardasol
robles bañados en humo,
que pasa el viento veloz,
y haber de sacar las migas
y el cándido naterón,
y sin manteles en mesa,
cuchillo ni pan de flor,
sino sentado en el suelo

sobre algún pardo vellón,
rodeado de mastines,
que están mirando al pastor,
lo que se estima y se ensancha
el villano en su rincón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen el REY y FINARDO

REY: Desasosiego me cuesta.

FINARDO: Para desasosegarte
¿puede en el mundo ser parte
cosa a tu grandeza opuesta?

REY: Este villano lo ha sido.

FINARDO: ¿El villano o la villana?

REY: Un ángel en forma humana,
Finardo, me ha parecido.
Pero no creas que fuera

quien me desasosegara
cuando el cielo la pintara
con el pincel que pudiera;
 que en negocio que el honor
pasa de las justas leyes,
aun nos valemos los reyes
de nuestro propio valor.

 Su padre me dio cuidado;
que en verle vivir así,
tan olvidado de mí,
confieso que me ha picado.

 ¡Qué con tal descanso viva
en su rincón un villano,
que a su señor soberano
ver para siempre se priva!

 ¡Que trate con tal desprecio
la majestad sola una,
sin correrse la Fortuna
de que la desprecie un necio!

 ¡Que tanto descanso tenga
un hombre particular,
que pase por su lugar
y que a mirarme no venga!

 ¡Que le haya dado la suerte
un rincón tan venturoso,
y que esté en él poderoso,

desde la vida a la muerte!

¡Que le sirvan sus criados,
y que obedezcan su ley,
y que él se imagine rey
sin ver los reyes sagrados!

¡Que la púrpura real
no cause veneración
a un villano en su rincón
que viste pardo sayal!

¡Que tenga el alma segura,
y el cuerpo en tanto descanso!
Pero, ¿para qué me canso?
Digo que es envidia pura,
y que le tengo de ver.

FINARDO: Así cuentan el suceso
de Solón y del rey Creso.

REY: Muy diferente ha de ser;
 que el filósofo juzgó
de otra suerte al rey de Lidia;
y yo tengo a un hombre envidia
por ver que me despreció.

FINARDO: Tres calidades de bienes
Aristóteles escribe
que tiene el hombre que vive;
y todas, señor, las tienes.

De Fortuna la primera

en que lo menos se funda;
del cuerpo fue la segunda,
del ánimo la tercera.

Bienes de Fortuna son
de riquezas multitud,
del cuerpo son la salud
y la buena complexión.

Los del ánimo, la ciencia
y la virtud. Éstos fueron
a quien todos siempre dieron
divina correspondencia.

Y si hay en la tierra alguna,
por felicidad la entienden;
que estos bienes no dependen
del tiempo ni la Fortuna.

Estando todos en tí,
¿cómo envidias a un villano,
tú con el cetro en la mano,
y él con el arado allí?

REY: Dame pena el verle opuesto
a mi propia majestad,
viendo la felicidad
en que su dicha le ha puesto.

Deseaba vez alguna
Augusto de Escipión
la fuerza, el ser de Catón,

y de César la fortuna;

y era un grande emperador;

y en un villano, ¡aún no veo

que tenga un justo deseo

de ver al rey su señor!

Mil el mundo peregrinan

por ver alguna ciudad

que tenga en sí majestad;

mares y montes caminan.

Y éste se esconde en su casa

cuando paso por su puerta...

¡Pues, vive el cielo, que, abierta,

ha de saber que el rey pasa!

FINARDO: ¿Eso te da pesadumbre?

¡Un villano en su rincón!

Y, ¿no se espanta un león

de un gallo y de cualquier lumbre?

El animoso caballo

del floro, un ave tan vil,

¿no se espanta?

FINARDO: ¿Que el gentil

león se espanta del gallo?

REY: Y de un carro; tanto siente

de la ruedas el rumor;

y así yo de un labrador,

que es un carro finalmente.

FINARDO: ¿Qué tienes imaginado
para que el hombre te vea?

REY: Porque ver no me desea,
me ha de ver, mal de su grado.

 Pongan en que al monte salga;
que yo buscaré invención
para que su condición
contra reyes no le valga.

FINARDO: Pues, ¿tú quieres ir allá?
Venga acá Juan Labrador
a ver al rey su señor;
que él es bien que venga acá.

REY: Déjale con su opinión;
que si al rey con su poder
no quiere ver, yo iré a ver
al villano en su rincón.

Vanse. Salen BELISA, COSTANZA y LISARDA

COSTANZA: Solo está el olmo, a la fe.

BELISA: La palmatoria ganamos.

LISARDA: A muy bien tiempo llegamos.

COSTANZA: ¿Quieres tú que solo esté?

LISARDA: Sí, porque hablemos un rato.

COSTANZA: ¿Mas que son cosas de amor?

Que te he visto en el humor
que te ofende algún ingrato.

LISARDA: Por vida tuya, Costanza,
pues eres tan entendida
--mira que juro tu vida--
¿tuvieras tú confianza
 en palabras de algún hombre
de estos hidalgos de allá?

COSTANZA: ¿De la corte?

LISARDA: Sí; que ya
tengo en el alma ese nombre.

COSTANZA: La que pudiera tener
de amigo reconciliado,
de juez apasionado,
y de firma de mujer;
 la que tuviera, sembrando,
de un campo estéril y enjuto,
o del imposible fruto
del olmo que estás mirando;
 la que tuviera de un loco
o de un celoso traidor;
la que de un hombre hablador
que siempre son para poco;
 la que de un hombre ignorante
que presume de saber;
la que de abril sin llover;

la que del mar inconstante;

la que tuviera en la torre
que se funda sobre arena,
y en quien no siente la ajena,
y de su falta se corre;

la de amigo en alto estado
si fuimos pobres los dos,
ésa me diera, por Dios,
cortesano enamorado.

LISARDA: ¿Qué es, Costanza, cosi cosa,
que llaman en corte enima:
un alto, que un bajo estima
sin fuerza más poderosa,
y un bajo que al alto aspira?

COSTANZA: Una música formada
de dos voces.

LISARDA: Bien me agrada.

COSTANZA: Aunque alto y bajo están, mira
que, aunque son tan desiguales
como la noche y el día,
aquella unión y armonía
los hace en su acento iguales;
que el alto en un punto suena
con el bajo siempre igual,
porque si sonaran mal,
causaran notable pena.

LISARDA: Música me persüades
que el amor debe de ser.

COSTANZA: El Amor tiene poder
de concertar voluntades.

LISARDA: No hay músico ni maestro
como Amor, de altos y bajos;
pero canta contrabajos,
en que siempre está más diestro.

BELISA: Al olmo vienen zagales,
no habléis cosa de sospecha.

LISARDA: (Cerrarte, Amor, ¿qué aprovecha? **Aparte**
Por cualquier dedo te sales.

Salen FILETO y FELICIANO

FELICIANO: Costanza está aquí, Fileto.

FILETO: Ella me dijo que había
de venir al baile.

FELICIANO: Cría
humor gracioso y discreto.

FILETO: Pienso que la quieres bien
y que no te mira mal;
pero es pobre y desigual
de tus méritos también.

FELICIANO: Mal dices; que la virtud

es de más valor que el oro.

FILETO: Cual le guardan el decoro
tenga el mundo la salud.

FELICIANO: Mi padre no tiene igual
en riquezas, porque ha sido
un hombre a quien ha subido
la Fortuna a gran caudal.

¿No has visto un enamorado
que comienza a enriquecer
alguna pobre mujer
que estaba en humilde estado

que, dando en hacer por ella,
tanto se viene a empeñar
que, no teniendo qué dar,
se viene a casar con ella?

Pues de esa manera fue
con mi padre la Fortuna,
pues no sé yo cosa alguna
que no le haya dado y dé.

Pienso que por levantalle
se ha empobrecido por él,
y ha de casarse con él,
porque no tiene qué dalle.

FILETO: En el olmo se han sentado;
la noche es un poco oscura,
porque no está muy segura

la luna de algún nublado.

Llega, hablarás a Costanza
antes que venga la gente,
y algún villano se siente
donde el mismo sol no alcanza.

A COSTANZA

FELICIANO: ¿Habrá un poco de lugar
para quien todo le diera
en el alma a quien quisiera
esta posesión tomar?

A LISARDA

COSTANZA: ¿No respondes a tu hermano?

LISARDA: ¿Para qué, si habla contigo?

COSTANZA: Pues yo que se siente digo.

FELICIANO: ¿Hacia qué mano?

COSTANZA: A esta mano,

 que dicen que el corazón
más a esta parte se inclina.

FELICIANO: Aquí, Costanza, adivina
tú propia mi pretensión.

Haz el corazón acá;
que tengo el mío perdido
porque se hablen al oído
y no lo entiendan allá.

COSTANZA: Y será bien menester;
que viene gran gente al olmo.

*Salen BRUNO, SALVANO, TIRSO, VILLANOS, y
MÚSICOS*

BRUNO: Habrá zagales en colmo.

SALVANO: Pues habrá en colmo el placer.

 ¿Traes tú vihuela ahí?

TIRSO: Aquí tengo mi vihuela.

BRUNO: Suena un poco, así te duela
menos el amor que a mí.

TIRSO: ¿Hay para todos asiento?

BELISA: Antes estaréis mejor
en pie, por hacer favor
a los pies y al instrumento.

BRUNO: Salga Lisarda a bailar.

LISARDA: ¿Sola? No tenéis razón.

BRUNO: Yo bailaré una canción,
con que la quiero sacar.

porque, como era casada,
estaba su esposo allí.
Como va pensando en ella,
olvidado se ha de sí.
Los perros siguen las sendas
entre hayas y peñas mil.
El caballo va a su gusto,
que no le quiere regir.
Cuando vuelve el caballero,
hallóse de un monte al fin.
Volvió la cabeza al valle
y vio una dama venir
en el vestido serrana,
y en el rostro serafín."

Sale LISARDA a bailar

"Por el montecico sola,
¿cómo iré?
¡Ay Dios! ¿Si me perderé?
¿Cómo iré, triste, cuitada,
de aquel ingrato dejada?
Sola, triste, enamorada,
¿dónde iré?
¡Ay Dios! ¿Si me perderé?"

MÚSICOS: "¡Donde vais, serrana bella,
por este verde pinar?
Si soy hombre y voy perdido,
mayor peligro lleváis.
--Aquí cerca, caballero,
me ha dejado mi galán,
por ir a matar un oso,
que ese valle abajo está.
--¡Oh mal haya el caballero
en el monte al lubricán
que a solas deja su dama
por matar un animal!
--Si os place, señora mía,
volved conmigo al lugar,
y porque llueve, podréis
cubriros con mi gabán.
--Perdido se han en el monte
con la mucha oscuridad;
al pie de una parda peña
el alba aguardando están.
La ocasión y la ventura
siempre quieren soledad."

SALVANO: Siéntense, que han danzado lindamente.

LISARDA: Bruno, entretén un poco esos zagales;

que llego a refrescarme a aquella fuente.

Llégase a OTÓN

¿Sois vos mi cortesano?

OTÓN:

Labradora

del alma, el mismo, y digo bien el mismo,
pues en la corte tu belleza adora.

¿Qué haré por ti, donde conozcas cuánto
te estima el alma que en tus ojos vive?

LISARDA:

¡Ay, por su vida! ¿Que me quiere tanto?

OTÓN:

Ni la gracia del rey, ni cuanto puede
dar el imperio sumo de la tierra
a la imaginación que a todo excede,
estimo como el pie con que floreces
estos dichosos campos, nueva Flora,
que con pisallo, de oro los guarneces.

LISARDA:

Si tiene ya el Amor determinado
que me burléis, ilustre caballero,
¿qué puedo hacer? Siniestro fue mi hado;
mas ya que pude merecer quereros
tan sin razón, no dejaré de amaros;
pero, ¿cómo podré corresponderos?
Yo no puedo serviros sin casarme;
y si vos no queréis casar conmigo,

¿a qué puedo, señor, aventurarme?

Mi padre es labrador, pero es honrado;
no hay señor en París de tanta hacienda;
de mi dote es mi honor calificado.

Yo no soy en lenguaje labradora;
que finjo cuando quiero lo que hablo
y me declaro como veis ahora.

Sé escribir, sé danzar, sé cuantas cosas
una noble mujer en corte aprende,
y tengo estas entrañas amorosas.

Pero quedaos con Dios; que es gran locura
persuadir imposibles a los hombres.

OTÓN: ¿Cuándo tuvo imposibles la hermosura?

Teneos, no os vais; que por el alto cielo
que habéis de ser mujer...

LISARDA: Señor, dejadme.

OTÓN: ...del mariscal Otón, y cumplirélo.

LISARDA: ¿Y qué seguro de eso podéis darme?

OTÓN: Un papel de mi mano.

LISARDA: ¿Y por papeles
queréis que yo me atreva a aventurarme?

OTÓN: ¿No tienen valor?

LISARDA: El que se mira
en las veletas que los aires mudan.
No hay verdad en amor, todo es mentira.

OTÓN: ¿Y si vos la notáis con penas tales,

que me condene el cielo a pena eterna?

LISARDA: ¡Oh Amor, gran juntador de desiguales!

Pero porque esta gente no presuma
--que en fin como villana es maliciosa--
de nuestro amor la referida suma,

tomad aquesta llave, y en la huerta
de mi casa hallaréis por las espaldas
entre cuatro cipreses una puerta;

entrad con ella, y aguardadme un poco
de unos mirtos cubierto con lo espeso.

OTÓN: Sospecho que queréis volverme loco.

LISARDA: Yo bajaré después a media noche
y hablaremos los dos secretamente.
¿Con quién y en qué venisteis?

OTÓN: En un coche.

Pero dejéle lejos de esta aldea.

LISARDA: Id donde digo, que nos van sintiendo.

Apártase LISARDA

OTÓN: Allá os espero. ¿Quién habrá que crea,
Marín, mi dicha?

MARÍN: ¿Es buen suceso todo?

OTÓN: ¡Notable!

MARÍN: Di.

OTÓN: Pasó de aqueste modo.

Vanse OTÓN y MARÍN

FELICIANO: Dice Salvano bueno, que casemos
las mozas del lugar con los mancebos.

BRUNO: Dice muy bien; que tiempo habrá de baile.

FELICIANO: Mi padre y el alcalde al olmo vienen.

COSTANZA: No es poca novedad.

FELICIANO: Antes es mucha.

Salen JUAN Labrador y el ALCALDE

ALCALDE: ¡Bendígaos Dios, y qué os juntáis de mozos!

JUAN: ¿Habrá lugar también para los viejos?

COSTANZA: El que le tiene en tantas voluntades
bien se podrá sentar donde quisiere.

JUAN: A fe, Costanza, que no pierdas nada
en tenérmela a mí.

COSTANZA: Saben los cielos
que quiero más tu vida que la mía.

Aparte a FELICIANO

en darla a un hombre discreto.

BRUNO: Siempre te oigo decir
que eres discreto.

FILETO: Profeso,
en aquesta necedad,
la necedad de este tiempo.
No hay hombre ignorante, Bruno,
que se confiese por necio.
Verás competir los búhos
con los halcones ligeros,
las monas con las personas,
con las águilas los cuervos,
y unos pobres sacristanes
con los músicos maestros.
Mas dejando disparates
de que el mundo está tan lleno,
¿a quién damos a Lisarda?

BRUNO: Dásela a algún palaciego.

FILETO: ¡Malos años! Si mi amo
oyera que tratáis de eso,
nadie quedara en su casa.

BRUNO: Pues dásela a un monasterio,
y casemos a Belisa.

SALVANO: Ésa, ya veis que la quiero.

BRUNO: ¿Cómo "quiero" siendo yo
quien tantos favores tengo?

SALVANO: Pues, cuéntense los favores
 y pierda el que tiene menos.

FILETO: Yo quiero ser el jüez.

SALVANO: Vaya.

BRUNO: Comienzo el primero.

A mí me dio por diciembre,
estando al sol en el cerro,
seis bellotas de su mano,
y me dijo, "Toma, puerco."

FILETO: Terrible es este favor.

SALVANO: A mí una noche al humero,
porque abrí mucho la boca,
 [e-o]
me dio en aquestas costillas
cuatro palos con un bieldo.

FILETO: ¡Ése sí que fue favor,
que le sintieron los huesos!

SALVANO: Mejor le diré yo agora.
Toda la noche de enero
estuve al hielo a su puerta,
y al amanecer, abriendo
la ventana, me echó encima,
viéndome con tanto hielo,
una artesa de lejía.

FILETO: ¿Muy caliente?

SALVANO: Estaba ardiendo.

BRUNO: Todo es risa ese favor.
 Yendo al soto por febrero
 Belisa con su borrica,
 parió del pueblo tan lejos,
 que topándome allí junto
 me mandó alegre que luego
 tomase el pollino en brazos
 y se le llevase al pueblo.
 Dos legas y más le truje,
 diciéndole mil requiebros,
 como si hablara con ella,
 y aun él me dio algunos besos.

FILETO: Ea, que ninguno gana.
 A los dos os doy por buenos.
 Caso a Amarilis con Lauso,
 que ella es coja y él es tuerto,
 y se irá lo uno por los otro.
 Caso a Tirsa con Laurencio,
 por ella es loca y él vano.

BRUNO: Dios les dé paz.

FILETO: Duda tengo.
 Caso a Dorena y Antón.

BRUNO: Es vieja.

FILETO: Es rica, y con eso
 pasará Antón mocedades.

BRUNO: Ni oírla ni verla puedo.

Han inventado los diablos
acá en Francia un uso nuevo,
de andar al mujer sin toca...

FILETO:

No debe de haber espejos.
Las niñas pasen, son niñas;
pero unos sátiros viejos
que descubren más orejas
caídas que burro enfermo,
y otras que van por las calles
mostrando tanto pescuezo,
y las cuerdas cuando hablan
parecen fuelles de herrero,
y otras con mil costurones
de solimán mal cubierto,
y otras que el pescuezo muestran
como cortezas de queso,
¿por qué han de dejar las tocas?

BRUNO:

Por parecer niñas.

FILETO:

¡Bueno!

Como se cuentan los años
por el discurso del tiempo,
ya se han de contar en Francia
por arrugas de pescuezos.
La honestidad de la dama
está en las tocas y velos.
Allí sí que juega el aire

bullicioso y lisonjero.

Yo sé que han dicho en París
que al parlamento han propuesto
contra pescuezos de viejas
mil querellas los cabellos.
Ya no hay cabello con toca.

BRUNO: No te pudras, majadero.

FILETO: Sí quiero; que no soy bestia,
supuesto que lo parezco.

JUAN: Por cierto, mi Costanza, que quisiera,
mirando tu humildad y tu hermosura,
que este muchacho el rey del mundo fuera.
Yo admiro tu belleza y tu cordura.
Ya sabes que el dinero no me altera,
no gracias al trabajo y la ventura,
sino al cielo no más, que con su mano
colma tanto el rincón de este villano.

Pláceme de tratar el casamiento
y de dotarte en treinta mil ducados.

COSTANZA: Tierra soy de tus pies.

JUAN: Vuelve a tu asiento,
si no es que del asiento estáis cansados.

LISARDA: Ya es hora de cenar, y este contento
será bien que resulte en los criados.

JUAN: Vamos agora a casa.

ALCALDE: Feliciano,
besa a señor por tal merced la mano.

FELICIANO: No sé, señor, con qué palabras diga
tu gran valor y entendimiento raro.

JUAN: El de Costanza y tu humildad me obliga,
mi voluntad en público declaro.

BRUNO: ¿El casamiento?

FILETO: Sí.

SALVANO: Todo se diga.
¡Cómo! Esto, ¿fue verdad?

JUAN: Nunca reparo
en pocas cosas. Digo que se haga
fiesta que a todo el pueblo satisfaga.
Dos toros quiero que corráis mañana.
¡Hola, Bruno!

BRUNO: ¿Señor?

JUAN: Busca dos toros
fieros como leones.

FILETO: Fiesta es llana.

BRUNO: Yo los traeré que despedacen moros.

SALVANO: Pardiez que ha de salir mi partesana,
y que no ha de quedar sangre en sus poros.

ALCALDE: Haga mañana fiestas nuestra aldea.

BELISA: Que sea para bien.

TODOS: Para bien sea.

Vanse. Sale el REY en cuerpo

REY: No pienso que he negociado
poco en el dejar la gente
cenando al son de la fuente,
que cerca divide el prado.
¡Que me haya puesto en cuidado
un grosero labrador!
Pero no se sigue error
de ejecutar este gusto,
para que vea que es justo
ver rey y servir señor.

 Hubiera pocas historias
si pensamientos no hubiera,
con que la fama tuviera
en su tiempo estas memorias.
No todas añaden glorias
a un príncipe; que hay algunas
que porque son importunas
al gusto del poderoso,
no quiere estar envidioso
de las ajenas fortunas.

 Yo veré, Juan Labrador,
despacio tu pensamiento;
que de tus venturas siento

desprecios de mi valor.

Sale FINARDO

FINARDO: ¿A dónde mandas, señor,
 tenga el caballo mañana?

REY: Cuando de oro, azul y grana
 se vista el cielo, Finardo,
 en este bosque te aguardo,
 y esto dirás a mi hermana.

FINARDO: Diré que en el monte quedas
 por matar un jabalí.

REY: Que tengo el puesto la di,
 y tomadas las veredas;
 y advierte bien que no excedas
 átomo de lo tratado.

FINARDO: Todo lo llevo en cuidado.

Vase

REY: Y yo le tengo de ver
 si tiene mayor poder
 que la corona el arado.

Perdíme en esa montaña;
sé que sois rico y sois noble;
até mi caballo a un roble
por la oscuridad extraña,
y a la aldea vengo a pie
donde el cura me ha informado...

JUAN: El cura no os ha engañado.
Cena y posada os daré,
no como allá en vuestra casa
con platos y vanidad,
mas con mucha voluntad,
al modo que acá se pasa.
¿Qué nombre tenéis?

REY: Dionís.

JUAN: ¿Qué oficio o qué dignidad?

REY: Alcaide de la ciudad
y los muros de París.

JUAN: Nunca tal oficio oí.

REY: Es merced que el rey me ha hecho,
por heridas que en el pecho,
sirviéndole recibí.

JUAN: Habéis hecho cosa dina
de un hidalgo como vos.
Sentaos, mientras que a los dos
nos dan de cenar. Camina,
Fileto, a mis hijos llama.

Vase FILETO

Tomad esa silla, os ruego.

REY: Sentaos vos; que tiempo hay luego.

JUAN: ¡Qué cortesano de fama!

Sentaos; que en mi casa estoy,
y no me habéis de mandar;
yo sí que os mando sentar
que en ella esta silla os doy
y advertid que habéis de hacer,
mientras en mi casa estáis,
lo que os mandare.

REY: Mostráis
un hidalgo proceder.

JUAN: Hidalgo no; que me precio
de villano en mi rincón;
pero en él será razón
que no me tengáis por necio.

REY: Si a París vais algún día,
buen amigo, os doy palabra
que el alma y la puerta os abra
en amor y hacienda mía,
por veros tan liberal.

JUAN: ¿A París?

de los hombres en cuidado;
que nunca le cobré olvido.

Yo tengo en este rincón
no sé qué de rey también;
mas duermo y como más bien.

REY: Pienso que tenéis razón.

JUAN: Soy más rico, lo primero,
porque de tiempo lo soy;
que solo si quiero estoy,
y acompañado, si quiero.

Soy rey de mi voluntad,
no me la ocupan negocios,
y ser muy rico de ocios
es suma felicidad.

REY: ¡Oh, filósofo villano! **Aparte**
Mucho más te envidio agora.)

JUAN: Yo me levanto a la aurora,
si me da gusto, en verano,
y a misa a la iglesia voy
donde me la dice el cura;
y aunque no me la procura,
cierta limosna le doy,
con que comen aquel día
los pobres de este lugar.
Vuélvome luego a almorzar.

REY: ¿Qué almorzáis?

JUAN: Es niñería;

dos torreznillos asados,
y aún en medio algún pichón,
y tal vez viene un capón
si hay hijos ya levantados;

trato de mi granjería
hasta las once; después
comemos juntos los tres.

REY: (Conozco la envidia mía.) **Aparte**

JUAN: Aquí sale algún pavillo
que se crió de migajas
de la mesa, entre las pajas
de ese corral, como un grillo.

REY: A la Fortuna los pone
quien de esa manera vive.

JUAN: Tras aquesto se apercibe
--el rey, señor, me perdone--
una olla, que no puede
comella con más sazón;
que en esto, nuestro rincón
a su gran palacio excede.

REY: ¿Qué tiene?

JUAN: Vaca y carnero
y una gallina.

REY: ¿Y no más?

JUAN: De un pernil--porque jamás

dejan de sacar primero
esto--verdura y chorizo,
lo sazonado os alabo.
En fin, de comer acabo
de alguna caja que hizo
mi hija, y conforme al tiempo,
fruta, buen queso y olivas.
No hay ceremonias altivas
truhanes ni pasatiempo,
sin algún niño que alegra
con sus gracias naturales;
que las que hay en hombres tales
son como gracias de suegra.
Éste escojo en el lugar,
y cuando grande, le doy
conforme informado estoy,
para que vaya a estudiar,
o siga su inclinación
de oficial o cortesano.

REY: (No he visto mejor villano **Aparte**
para estarse en su rincón.)

JUAN: Después que cae la siesta,
tomo una yegua, que al viento
vencerá por su elemento,
dos perros y una ballesta;
y, dando vuelta a mis viñas,

trigos, huertas y heredades,
porque éstas son mis ciudades,
corro y mato en sus campiñas
un par de liebres, y a veces
de perdices; otras voy
a un río en que diestro estoy
y traigo famosos peces.

Ceno poco, y ansí a vos
poco os daré de cenar,
con que me voy a acostar
dando mil gracias a Dios.

REY: Envidia os puedo tener
con una vida tan alta;
mas sólo os hallo una falta
en el sentido del ver.

Los ojos, ¿no han de mirar?
¿No se hicieron para eso?

JUAN: Que no les niego, os confieso,
cosa que les pueda dar.

REY: ¿Qué importa? ¿Cuál hermosura
puede a una corte igualarse?
¿En qué mapa puede hallarse
más variedad de pintura?

Rey tienen los animales,
y obedecen al león;
las aves, porque es razón,

a las águilas caudales.

Las abejas tienen rey,
y el cordero sus vasallos,
los niños rey de los gallos;
que no tener rey ni ley
es de alarbes inhumanos.

JUAN: Nadie como yo le adora,
ni desde su casa ahora
besa sus pies y sus manos
con mayor veneración.

REY: ¿Sin verle, no puede ser
que se pueda echar de ver?

JUAN: Yo soy rey de mi rincón;
pero si el rey me pidiera
estos hijos y esta casa,
haced cuenta que se pasa
adonde el rey estuviera.

Pruebe el rey mi voluntad,
y verá qué tiene en mí;
que bien sé yo que nací
para servirle.

REY: En verdad,
si necesidad tuviese,
¿prestaréisle algún dinero?

JUAN: Cuanto tengo, aunque primero
tres mil afrentas me hiciese;

que del señor soberano
es todo lo que tenemos,
porque a nuestro rey debemos
la defensa de su mano.

Él nos guarda, y tiene en paz.

REY: Pues, ¿por qué dais en no ver
a quien noble os puede hacer?

JUAN: No soy de su bien capaz,
ni pienso yo que en mi vida
pues haber felicidad
como es esta soledad.

Sale FILETO

FILETO: La cena está apercebida.

JUAN: Metan la mesa, y dirás
a Lisarda y a Belisa
que echen sábanas aprisa
donde sabéis, y no más;

Vase FILETO

que, por la bondad de Dios,
habrá bien donde durmáis.

REY: En alto descanso estáis.

JUAN: Tal le pedid para vos.

Salen FILETO y villanos, que sacan la mesa y traen platos y cubiertos. MÚSICOS

FILETO: La mesa tienes aquí.

JUAN: A ella os podéis llegar.

REY: Aquí me quiero asentar.

JUAN: No estáis bien, hidalgo, ahí;
poneos a la cabecera.

REY: Eso no.

JUAN: En mi casa estoy,
obedecedme; que soy
el dueño.

REY: Más justo fuera
que yo estuviera a los pies.

JUAN: Haced lo que os he mandado;
que del dueño que es honrado,
siempre el que es huésped lo es;
y por ruin que el huésped sea,
siempre el dueño le ha de dar
por honra el mejor lugar.

REY: (¿Habrà quien aqesto crea?) **Aparte**

JUAN: Mientras comemos, podréis

cantarle alguna canción.

REY: (¡Buen villano y buen rincón!) **Aparte**

¿Música también tenéis?

JUAN: Es rústica. Comenzad.

Salen LISARDA, COSTANZA y FELICIANO

REY: ¿Quién son aquestas señoras?

JUAN: No señoras, labradoras
de esta aldea las llamad.

Ésta es mi hija, y aquélla
mi sobrina, y ha de ser
de ese muchacho mujer.

REY: Cualquiera en extremo es bella.

JUAN: Cenad; que no es cortesía
ni el alabar ni el mirar
lo que el dueño no ha de dar.

REY: Por servirlas lo decía.

JUAN: Servid vuestra boca agora
de lo que a la mesa está;
que en vuestra casa no habrá
por dicha mejor señora.

[Habla LISARDA] aparte a FELICIANO

LISARDA: Notablemente parece,
Feliciano, este mancebo,
al rey.

FELICIANO: Un milagro nuevo
de Naturaleza ofrece.

Pero engáñase la vista
mirando con religión
al rey.

COSTANZA: Y tiene razón;
que, ¿hay luz que al mirar resista
en la presencia de un rey?

REY: Beber, buen huésped, quisiera.

JUAN: Pedidlo; que yo bebiera
si sed tuviera.

LISARDA: Y es ley
que a huésped tan principal
le lleve de beber yo.

BRUNO: ¿Cantaremos?

REY: ¿Por qué no?
Que éste es convite real.

MÚSICOS: " ¡Cuán bienaventurado
aquél puede llamarse justamente,
que, sin tener cuidado
de la malicia y lengua de la gente

Vanse todos menos el REY, LISARDA y BELISA. Meten la mesa

REY: (Ya el filósofo se fue.) **Aparte**

Un poco aguardad, señora.

LISARDA: Belisa os descalzará.

No me tengáis, por mi vida.

REY: ¿No es cortesía que pida
que me descalcéis?

LISARDA: Será.

BELISA: Yo, señor, me quedaré
a descalzaros aquí.

REY: Antes si os vais, para mí
será más merced.

BELISA: Sí, haré.

Vase

REY: Oíd.

LISARDA: ¿Qué?

REY: La mano os pido.

LISARDA: ¿La mano?

REY: La mano quiero.

LISARDA: A fe que sois, caballero,

para huésped atrevido;
pero debéis de saber
de aquesto de adivinar.

REY: Pues eso quiero mirar.

LISARDA: Pues eso no habéis de ver.

REY: ¿Y si me caso con vos?

LISARDA: ¡Qué presto los cortesanos
se casan y pidan manos!
¡Facilitos son, por Dios!

Y es que deben de pensar,
como acá somos villanas,
que nos han de dejar llanas
con sólo nombrar casar.

Acuéstese su merced.
Santíguese muy atento
contra cualquier pensamiento.

REY: Oíd, esperad, tened.

LISARDA: Suelte; que el diablo me lleve
si no le dé un mojicón.
¡A villana en su rincón
de esa manera se atreve!

¡Arre allá con treinta erres!

REY: No hay quien sin rincón esté.
Oye, escucha...

Vase LISARDA

Ya se fue.

Pues si te vas, no me cierres.

Cierra LISARDA la puerta por dentro

Aquésta, ¿es casa encantada?

¿Qué es esto, Dios? ¿Dónde estamos?

¿Qué filosofía es ésa?

¿En qué laberinto he dado?

¿Cómo me he metido aquí?

¡Hola, gente! ¿Con quién hablo?

Que es ésta la cama pienso.

Sale COSTANZA

COSTANZA: ¿Qué dais voces? ¿Mandáis algo?

REY: ¿Es ésta mi cama?

COSTANZA: Sí,

muy bien podéis acostaros.

REY: Pues entretenedme un poco;

que soy hombre de regalo.

COSTANZA: Entreténgale una fiera

de las que andan por el campo.

REY: Escucha.

COSTANZA: ¿Qué he de escuchar?
¡Valga el diablo el cortesano!

Vase

REY: ¡Bueno me ponen, por Dios!
Extrañas burlas me paso.
Quiero acostarme; que temo
que entren también los villanos.
Mas, ¿si me acuesto y es ésta
de alguno que está en el campo,
y viene a acostarse a oscuras?

Sale BELISA

BELISA: ¿Qué manda, señor hidalgo.
que da voces a tal hora?

REY: Hállome aquí tan extraño,
que no sé adónde me acueste.

BELISA: Pues, ¿qué os falta?

REY: Algún criado.

BELISA: Debéis de ser melindroso.

Por ventura, ¿tenéis asco?
Pues allá no habrá colchones
ni tan limpios ni tan blancos.
Échase su porquería.
¡Valga el diablo el cortesano!

REY: Descalzádme vos.

BELISA: ¡Qué lindo!
Duerma una noche calzado.

Vase

REY: Tomar quiero su consejo.
Paréceme, y no me engaño,
que detrás de estas cortinas
tose un hombre. Pues, ¿qué aguardo?
Sacaré la espada.

Sale OTÓN de la alcoba

OTÓN: Tente,
tente.

REY: ¡Otón! ¡Extraño caso!
¡Otón detrás de la cama!

OTÓN: Oye la causa.

Pero como tú has llegado
y anda todo de revuelta,
fue esconderme necesario,
y yo me he metido aquí
por no hallar otro sagrado.

REY: ¿Que a Lisarda quieres bien?

OTÓN: ¿parécete gran milagro
siéndolo su ingenio y rostro?

REY: Entra, hablaremos de espacio
sobre tu intención en esto,
y tú sabrás qué milagro
me trujo adonde he venido
a ver, siendo rey tan alto,
el villano en su rincón,
pues no ve al rey el villano.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen FILETO, BRUNO y SALVANO, con unas varas

FILETO: Hogaño hay linda bellota.

BRUNO: Lindos puercos ha de haber.

SALVANO: La que ya pensáis comer
parece que os alborota.

FILETO: A lo menos, la aceituna
que habemos de varear,
no deja que desear.

BRUNO: No he visto mejor ninguna.

SALVANO: Comenzad a sacudir;
que a fe que tenéis qué hacer.

FILETO: Llegue quien ha de coger.

BRUNO: Mucho tardan en venir.

FILETO: Por el repecho del prado
nuesama y sus primas vienen.

BRUNO: ¡Verá el reliente que tienen!

FILETO: ¿Cantan?

SALVANO: Sí.

BRUNO: ¡Lindo cuidado!

***Salen COSTANZA y BELISA, con varas, [y] VILLANOS y
MÚSICOS. Cantan***

MÚSICOS: " ¡Ay, Fortuna,
cógeme esta aceituna!
Aceituna lisonjera,

verde y tierna por de fuera,
y por de dentro madera,
fruta dura e importuna.

¡Ay, Fortuna,
cógeme esta aceituna!

Fruta en madurar tan larga
que sin aderezo amarga;
y aunque se coja una carga,
se ha de comer sola una.

¡Ay, Fortuna,
cógeme esta aceituna!"

FILETO: ¿Es para hoy el venir?

SALVANO: ¡Qué bien se hará el varear
con cantar y con bailar!

LISARDA: Comencemos a reñir,
 ¡por vida de los lechones!

SALVANO: Más no valiera callar.

BRUNO: Hoy es día de cantar
y no de malas razones.

 Mi instrumento traigo aquí,
y a todas ayudaré.

LISARDA: También yo de burla hablé.

COSTANZA: Todos lo entienden así.

 Esténse las aceitunas
por un rato entre sus hojas,

y templemos las congojas
de algún disgusto importunas;
 ansí Dios os dé placer.

BELISA: Bien dice, pues nadie aguarda.

COSTANZA: ¿De qué estás triste, Lisarda?

LISARDA: No veo y quisiera ver.

COSTANZA: Ya te entiendo; pero advierte
que el bien que no ha de venir
es discreción divertir.

LISARDA: Antes el mal se divierte.

Vaya, Tirso, una canción
y bailaremos las tres.

BRUNO: Vaya, pues habrá después
para la vara ocasión.

Cantan

MÚSICOS: "Deja las avellánicas, moro,
que yo me las varearé--
tres y cuatro en un pimpollo,
que yo me las varearé.

Al agua de Dinadamar,
que yo me las varearé--
allí estaba una cristiana,
que yo me las varearé--

cogiendo estaba avellanas,
que yo me las varearé--
el moro llegó a ayudarla,
que yo me las varearé--
y respondióle enojada,
que yo me las varearé--
deja las avellánicas, moro,
que yo me las varearé--
tres y cuatro en un pimpollo,
que yo me las varearé.

Era el árbol tan famoso,
que yo me las varearé--
que las ramas eran de oro,
que yo me las varearé--
de plata tenía el tronco,
que yo me las varearé--
hojas que le cubren todo,
que yo me las varearé--
eran de rubíes rojos,
que yo me las varearé.
Puso el moro en él los ojos,
que yo me las varearé--
quisiera gozarle solo,
que yo me las varearé--
mas díjole con enojo,
que yo me las varearé--

deja las avellanicas, moro,
que yo me las varearé--
tres y cuatro en un pimpollo,
que yo me las varearé."

SALVANO: Quedo; que he vido venir

por en somo de la cuesta
gente, a lo de corte apuesta.

FILETO: Bien os podéis encubrir;

 que a la fe que es gente honrada.

LISARDA: Ponte, Costanza, el rebozo;

que yo me muero de gozo.

(Y tengo el alma turbada.) **Aparte**

Pónense los rebozos las tres

BRUNO: Haya un poquito de grita.

SALVANO: "Vaya" en la corte se llama.

Salen OTÓN y MARÍN

MARÍN: Aquí hay villanas de fama.

OTÓN: Alguna, Marín, me quita

 el alma y la libertad.

BRUNO: ¿Adónde van los jodíos?

MARÍN: A buscaros, deudos míos,
para haceros amistad.

FILETO: Por donde quiera que fueres,
te alcance la maldición
de Gorrón y Sobirón
con agujas y alfileres.
Dente de palos a ti,
y otros tantos a tu mozo.

[Habla OTÓN] a LISARDA

OTÓN: ¡Ah, reina, la del rebozo!

LISARDA: ¡Oh, qué lindo! ¡Reina a mí!

BRUNO: Mala pascua te dé Dios,
y luego tan mal San Juan
que te falte vino y pan
y tengas catarro y tos.

Dolor de muelas te dé
que no te deje dormir.

OTÓN: ¿Cómo queréis encubrir
sol que por cristal se ve?

LISARDA: Id, señor, vuestro camino,
y dejadnos varear.

OTÓN: Pues yo, ¿no os sabré ayudar?

LISARDA: ¿Ayudar? ¡Qué desatino!
 Tenéis muy blandas las manos.

OTÓN: ¿Habéislas tocado vos?

SALVANO: Que vos venga, plegue a Dios,
 muermo, adivas y tolanos.

 Mala pedrada vos den,
 echen os sendas ayudas,
 y vais a cenar con Judas
 por "saeculorum, amén."

[Habla MARÍN] a BELISA

MARÍN: ¿Quiere una palabra oír?

BELISA: Pues, ¡él a mí, majadero!

MARÍN: ¿No soy yo de carne y cuero?

BELISA: De cuero puede decir.

[Habla CONSTANZA] a su prima [LISARDA]

COSTANZA: ¡Ay, Lisarda! ¡Feliciano!

LISARDA: ¡Mi padre viene con él!

COSTANZA: Yo me voy.

LISARDA: ¿Qué temes de él?

COSTANZA: Es muy celoso tu hermano.

Vase [COSTANZA]. Salen JUAN Labrador y
FELICIANO

FELICIANO: Un hombre está con nuestra gente.

JUAN: Y hombre
de no poco valor en la presencia.

LISARDA: Por ti pregunta aqieste gentilhombre.

JUAN: ¿Mandáis alguna cosa en que os sirvamos?

OTÓN: Señor Juan Labrador, vos sois persona
que merecéis del rey aquesta carta,
y que os la traiga el mariscal de Francia.

JUAN: ¡El rey a mí! Los pies, señor, le beso,
y a vos las manos, y ¡ojalá las mías
siquiera fueran dignas de tocallas!
A presumir mis padres que algún día
a su hijo su rey le escribiría,
para tomarla en estas rudas manos
me enseñaran a guantes cortesanos.
Póngola en mi cabeza. Tú que tienes
mejor vista, la lee, Feliciano.

FELICIANO: La carta dice así.

BELISA: ¿Qué será aqiesto?

FILETO: ¿Si quiere algún lechón?

SALVANO: ¿No eres más cesto?

Lee

FELICIANO: "El alcaide de París me ha dicho que cenando con vos una noche le dijisteis que me prestaríades, si tuviese necesidad, cien mil escudos; yo la tengo, pariente. Hacedme servicio que el mariscal los traiga. Dios os guarde."

JUAN: ¿"Pariente" dice el rey?

FELICIANO: ¿De qué te espantas?
Quien pide siempre engaña con lisonjas.

JUAN: Lo que dije esa noche, que la hacienda le daría y los hijos. Cumplirélo.
Venid por el dinero.

OTÓN: Estad seguro
que no le perderéis.

JUAN: Yo no procuro
mayor satisfacción que su servicio,
porque el suyo es mandar, servir mi oficio.

Vanse JUAN y OTÓN

FILETO: Con ellos voy.

LISARDA: Y yo también, Belisa.

BELISA: El ánimo del viejo me ha espantado.

SALVANO: ¿Qué os parece de aquesto que ha pasado?

FILETO: Que el villano que se hace caballero
merece que le quiten su dinero.

Vanse. Salen el REY y FINARDO

REY: Yo quise ser el tercero
de los amores de Otón;
que tierno en esta ocasión,
Finardo, le considero.

Mas t juro que en mi vida
pensé turbarme, de ver
cosa que pudiese ser
de improviso sucedida,
como al tiempo que salió
de las cortinas y dijo
"Detente" Otón.

FINARDO: El prolijo
discurso a mí me contó,
con que vino a merecer
la discreta labradora,
que quiere engañar agora
a título de mujer.

REY: No hará; que es el mariscal
 hombre bien intencionado,
 y el labrador tan honrado
 que en nada le es desigual.

FINARDO: Mucho, señor, ha sabido
 de las costumbres de Otón;
 pero amando, no hay razón.

REY: Daréme por ofendido
 de lo que a Juan Labrador
 se le siguiere de agravio.
 Mas yo sé que Otón es sabio
 y mirará por su honor.

FINARDO: No hay cosa más inconstante
 que el hombre.

REY: Dices verdad,
 porque en esa variedad
 a ninguno es semejante.
 Admiraba a Filemón,
 filósofo de gran nombre,
 ver tan diferente al hombre
 y era con mucha razón.

 Decía que en su fiereza
 los animales vivían;
 pero que sólo tenían
 una igual naturaleza.

 Todos los leones son

fuertes, y todas medrosas
las liebres, y las raposas
de una astuta condición;
toda las águilas tienen
una magnanimidad,
todos los perros lealtad,
siempre con su dueño vienen.

Todas las palomas son
mansas, los lobos voraces;
pero en los hombres, capaces
de la divina razón,

verás variedad de suerte
que uno es cobarde, otro fiero,
uno limpio, otro grosero,
uno falso y otro fuerte,
uno altivo, otro sujeto,
uno presto y otro tardo,
uno humilde, otro gallardo,
uno necio, otro discreto,
uno en extremo leal,
y otro en extremo traidor,
uno compuesto y señor,
y otro libre y desigual.

Otón mire bien por sí,
cumpliendo su obligación;
que me quejaré de Otón

de otra manera.

FINARDO:

Te oí

aborrecer al villano
y hablar de su pertinacia.
¿Por dónde vino a tu gracia?

REY:

Porque toqué con la mano
el oro de su valor,
cuando en su rincón le vi;
que ya por él y por mí
pudiera decir mejor
lo que de Alejandro griego
y Diógenes, el día
que le vio cuando tenía
casa estrecha, sol por fuego.
Dijo que holgara de ser
Diógenes, si no fuera
Alejandro. Y yo pudiera
esto mismo responder,
y con ocasión mayor,
porque, a no ser rey de Francia,
tuviera por más ganancia
que fuera Juan Labrador.

Sale OTÓN

OTÓN: Ya, gran señor, en Miraflores he dado
la carta al labrador.

REY: ¿Qué ha respondido?

OTÓN: Que te dijo verdad aquel alcaide
de París. Yo no sé qué alcaide sea.
Y que allí queda a tu servicio todo
hasta sus mismo hijos.

REY: ¿Dio el dinero?

OTÓN: En famosas coronas de oro puro;
y, sin este dinero, te presenta
doce acémilas tales, que te juro
que dan admiración a quien las mira.
Diome aparte un cordero que te diese,
vivo y con un cuchillo a la garganta,
y trájeme, señor, por darte gusto.

REY: ¿Cordero vivo con cuchillo atado?

OTÓN: De esta manera el corderillo viene.

REY: Pues no es sin causa, algún sentido tiene.
Mas mira, Otón, que quiero que al instante
le lleves esta carta al mismo.

OTÓN: ¿Agora?

REY: Agora, pues.

OTÓN: ¿Escrita la tenías?

REY: Pues te la doy, bien ves que escrita estaba.

OTÓN: ¿Importa diligencia?

REY: Importa mucho,

y yo sé, Otón, que con tu gusto vuelves.

OTÓN: Yo confieso, señor, que voy con gusto,
porque tenerle de servirte gusto.

REY: Camina, y mira cómo vas y vienes;
que aunque llevas placer, peligro tienes.

OTÓN: ¿Peligro yo, señor?

REY: Búrlome agora.

OTÓN: (Celos son de mi hermosa labradora.) **Aparte**

Vanse OTÓN y FINARDO

REY: La vida humana, Sócrates decía,
cuando estaba en negocios ocupada,
que era un arroyo en tempestad airada,
que turbio y momentáneo discurría.

Y que la vida del que en paz vivía
era como una fuente sosegada,
que, sonora, apacible y adornada
de varias flores, sin cesar corría.

¡Oh vida de los hombres diferente,
cuya felicidad estima el bueno,
cuando la libertad del alma siente!

Negocios a la vista son veneno.
¡Dichoso aquél que vive como fuente,
manso, tranquilo, y de turbarse ajeno!

Vase. Salen JUAN Labrador y FELICIANO

JUAN:

Hijo, en haberte casado
con mi Costanza, aunque hermosa,
más por ser tan virtuosa,
borré del alma un cuidado.

La fiestas hice a tus bodas,
que algún príncipe envidió,
porque para serlo yo,
me sobran las cosas todas,
si me falta la nobleza;
que ésta, así tenga salud,
que la he puesto en la virtud
harto más que en la riqueza.

¡Gracias al cielo por todo!
Yo quisiera descansar,
si verdad te digo, y dar
a mis cuidados un modo;
de los cuales la mitad
es ver sin dueño a tu hermana,
y pasando la mañana
de su más florida edad.

Así, piensa--y Dios te guarde--
un marido, si tú quieres.
Mira que ya las mujeres
no quieren casarse tarde,

Antiguamente, me acuerdo,
cuando mi abuelo vivía,
que el tiempo que allí corría
era más prudente y cuerdo.

Casábase en nuestra aldea
un hombre de treinta y siete
años, edad que promete
que sabio y prudente sea.

La mujer, no sin tener
treinta bien hechos; mas ya
de veinte el hombre lo está,
y de doce la mujer.

Y está muy en la razón;
que nuestra naturaleza
ha venido a tal flaqueza.

FELICIANO: (Cansados los viejos son.

Aparte

Luego nos dan con su edad.
Cuanto ha pasado es mejor.)

JUAN:

Elige algún labrador
a quien tengas voluntad,
y casemos a Lisarda;
que siempre mal ha sufrido
de sus padres el olvido
mujer hermosa y gallarda.

FELICIANO:

Yo, señor, tan altos veo
sus pensamientos y galas,

que no me atrevo a las alas
de su atrevido deseo.

No hallo en esta comarca
digno labrador de ser
marido de esta mujer,
ni en cuanto la sierra abarca.

Uno está haciendo carbón,
otro guarda su ganado,
otro con el corvo arado
rompe al barbecho el terrón.

Aquél es rudo y grosero,
el otro rústico y vil.
Para moza tan gentil
mejor fuera un caballero.

Hacienda tienes, repara
en que Lisarda...

JUAN: Detente.

Si no quieres que me cuente
por muerto, la lengua para.

¿Yo, señor? ¿Yo caballero?
¿Yo ilustre yerno?

FELICIANO: ¿Pues no?

¿Para qué el cielo te dio
tal cantidad de dinero?

Carece de entendimiento
--perdóname, padre, ahora--

quien en algo no mejora
su primero nacimiento.

Mas vesla, señor, ahí;
ella te dirá su gusto.

JUAN: Mejor dirás mi disgusto,
si tiene el que miro en ti.

Salen LISARDA, BRUNO y FILETO

LISARDA: Digo que le pediré
que os honre en esto a los dos.

BRUNO: Pidiéndolo tú, por Dios,
que no lo niegue.

LISARDA: No sé.

JUAN: Lisarda...

LISARDA: Padre y señor,
basta, que aquestos pastores
quieren las fiestas mayores
cuanto es la ocasión mayor.

JUAN: ¿Cómo así?

LISARDA: Porque han sabido
que tienes un nieto ya.

JUAN: ¿Búrlaste?

LISARDA: Cierto será,
si Constanza no ha mentido.

JUAN: ¿Qué es lo que dice Costanza?

LISARDA: Que está preñada a la ve.

JUAN: Si fuere cierto, daré
albricias de la esperanza;
mas para fiestas, bien pueden
hacerlas al pensamiento
que me da tu casamiento,
si los tuyos me conceden
que pueda yo disponer
de tu esquiva condición.

Sale MARÍN

MARÍN: De parte del rey, Otón
te vuelve otra vez a ver.

JUAN: ¿Otón otra vez?

FELICIANO: ¿Qué quiere
otra vez el rey de ti?

LISARDA: Confusa estoy.

JUAN: Yo sin mí;
mas venga lo que viniere.

Sale OTÓN

OTÓN: Vuestros hijos pide.

JUAN: ¿Para la corte?

OTÓN: Sí, para la corte.

JUAN: ¿Quién es aqueste alcaide que a mi casa vino por mi desdicha aquella noche, que de mí tantas cosas le ha contado?

FELICIANO: Padre, no os aflijáis.

JUAN: Lo que es dinero no pudiera afligirme; mas, ¡los hijos!

LISARDA: El rey tiene este gusto, el valor tuyo no es bien que pierda aquí de lo que vale.

JUAN: ¡Eso sí! Yo aseguro que vosotros no tengáis tal placer ni mejor día. Cumplido se han aquí vuestros deseos. Sólo un rey me pudiera mandar esto, y sola mi desdicha darle causa. Ya declina conmigo la Fortuna, porque ninguno puede ser llamado hasta que muere, bienaventurado. Al rey obedezcamos; que por dicha ésta mi condición me pone miedo, pues no puedo esperar de tan gran príncipe menos que su real nombre promete.

OTÓN: Estad seguro, Juan, que por bien suyo, y en agradecimiento del dinero los envía a llamar.

JUAN: Pensarlo quiero.
Partid, señor, con ellos en buen hora;
que a la iglesia me voy.

Vase

OTÓN: ¡Qué sentimiento!

FELICIANO: No os admiréis; que es padre.

LISARDA: Más le tiene
por vernos en la corte, que por miedo.

OTÓN: No nos vamos sin verle.

FELICIANO: Por la iglesia,
si os parece, pasemos.

LISARDA: Y es muy justo;
que viéndonos tendrá menos disgusto.

FILETO: Vámonos luego; que también yo quiero
ir a ser cortesano con Lisarda.

BRUNO: Yo pienso acompañarte.

FILETO: Por lo menos,
no estaremos a ver al viejo padre
llorando la desdicha que imagina.

BRUNO: Mas dime, ¿sabrás tú ser cortesano?

FILETO: Pues, ¿hay cosa más fácil?

BRUNO: ¿De qué suerte?

FILETO: No sé si acierto, lo que pienso advierte:

cumplimientos extraños, ceremonias,
reverencias, los cuerpos espetados,
mucho parlada, murmurar, donaires,
risa falsa, no hacer por nadie nada,
notable prometer, verdad ninguna,
negar la edad y el beneficio hecho,
deber... y otras cosas más sutiles,
que te diré después por el camino.

BRUNO: Notable cortesano te imagino.

Vanse. Salen el REY y el ALMIRANTE

REY: De esta manera, sospecho
que irá mi hermana mejor.

ALMIRANTE: Beso tus manos, señor,
por la merced que me has hecho.

REY: Ya que me determiné
a casarla, no podía
darla mejor compañía.

ALMIRANTE: Yo, señor, la llevaré
con mis parientes y amigos,
y con todo mi cuidado.

REY: No quise que mi cuñado,
con guerras, con enemigos,
de su tierra se alejase.

ALMIRANTE: Ha sido justo decreto
de un príncipe tan perfeto.

REY: Por esto, y por excusar
un gasto tan excesivo.

ALMIRANTE: Por mil razones es bien.

REY: Que llegue hasta el mar también
gente de su guarda escribo
porque más seguros vais.

ALMIRANTE: Ya la infanta, mi señora,
viene a verte.

REY: Y viene agora
a saber que la lleváis.

Sale la INFANTA

INFANTA: ¿En qué entiende vuestra alteza?

REY: Hermana, en vuestra jornada.

INFANTA: ¿Acércase?

REY: Ya es llegada.
Pero no tengáis tristeza,
pues va mi primo con vos;
y yo, cuando pueda, iré.

INFANTA: ¿No queréis que triste esté?

REY: Imagino que los dos
nos veremos muchas veces.

INFANTA: Luego que salga de aquí,
os olvidaréis de mí.

REY: Hago a los cielos jüeces,
 y al amor que me debéis,
que no es posible, señora,
que faltéis del alma una hora
donde tal lugar tenéis.

 Mirad que aunque soy hermano,
soy vuestro galán también.

INFANTA: No puedo responder bien,
si no es besándoos la mano.

Sale FINARDO

FINARDO: Otón, señor, ha llegado.

REY: Venga norabuena Otón.

***Salen OTÓN, LISARDA, FELICIANO, BELISA,
BRUNO y FILETO***

OTÓN: Éstos los dos hijos son
de aquel labrador honrado.

REY: Ellos sean bien venidos.

FELICIANO: Los pies, señor, te besamos,

y a tu grandeza llegamos
humildemente atrevidos.

LISARDA: Déme vuestra alteza a mí,
pues que indigna, los pies.

INFANTA: Dios os guarde. Hermosa es.
Ya me acuerdo que la vi
 una mañana en su aldea.

REY: Hermana, hacedme placer
de honrarla.

INFANTA: ¿Que puede hacer
que vuestro servicio sea?

REY: Dalde muy cerca de vos
el lugar que vos queráis,
segura que le empleáis
en buena sangre, por Dios.

OTÓN: (No en balde el rey ha trazado **Aparte**
que venga Lisarda aquí.
Siempre sus celos temí,
mis favores le han picado.
 ¡Ah, cielo, cuán mejor fuera
que en el camino a su hermano
me declarara, y la mano
de ser su esposo le diera!
 Pero también era error
sin la licencia del rey.
Mas, ¿cuándo amor tuvo ley?

Porque con ley no es amor.)

REY: Hago alcaide de París
a Feliciano.

FELICIANO: No sé
cómo, señor, llegaré
adonde vos me subís;
que las plumas de mis alas
no me levantan del suelo.

REY: Con la humildad de tu celo
al mayor mérito igualas.

OTÓN: (¡Cómo se le echa de ver
al rey el fin de su intento!
Claro está su pensamiento,
él mismo le da a entender
por la lengua y por los ojos.)

REY: Finardo...

FINARDO: ¿Señor?

REY: Advierte.

OTÓN: (El traerla fue mi muerte. **Aparte**
Yo merezco mis enojos.)

[El REY habla] aparte a FINARDO

REY: Ve, Finardo, a Mirafior,
y con toda diligencia

haz que venga a mi presencia
su padre, Juan Labrador;
y no te vengas sin él,
aunque le fuerces.

FINARDO: Yo voy.

REY: Mira que aguardando estoy,
porque he de tratar con él
ciertas cosas de importancia.

Vase FINARDO

OTÓN: (El rey ha hablado en secreto
con Finardo; no es efeto
de los gobiernos de Francia.
Él es ido y con gran prisa;
¿quién duda que a prevenir
mi desdicha, que a salir
con tanta fuerza me avisa?)

REY: Vamos, hermana, y haremos
que muden traje los dos.

***Vanse el REY, la INFANTA y el ALMIRANTE, LISARDA,
FELICIANO y BELISA***

OTÓN: (Un ciego verá, por Dios,
del rey los locos extremos.

¡Oh traidor, oh falso amigo!
¡Oh Finardo, que me vendes,
pues cuando mi mal entiendes
eres fingido conmigo!)

Buenos hombres, ¿sois los dos
criados de Feliciano?

BRUNO: Háblale tú, cortesano.

FILETO: ¿Diréla merced, o vos?

BRUNO: Señoría, mentecato.

FILETO: Señor, de la aldea venimos
donde a su padre servimos,
ya en su casa, ya en el hato.

Bruno se llama este mozo,
y yo Fileto me llamo.

OTÓN: Mucho por el dueño os amo,
mucho de veros me gozo.

Pienso que podréis hablar
con libertad a Lisarda;
que ni criado ni guarda
os ha de impedir entrar.

Hacedme, amigos, placer
de decirle cómo a Otón
le mata la sinrazón
que el rey le pretende hacer;

y decilde que le pido
mire que es injusta ley
por dudoso galán rey,
dejar seguro marido.

Vase

BRUNO: ¿Que te parece?

FILETO: ¡Mal año
para quien quedase acá.

BRUNO: ¡Pardiez, que Lisarda está
metida en famoso engaño!

FILETO: Luego que vine a este mundo
de la corte, eché de ver
Bruno, que había de ser
alcahuete o vagamundo.

 ¿Has vido lo que este necio
manda decir a Lisarda?

Sale FELICIANO, muy galán

FELICIANO: No medra quien se acobarda,
ni tiene el ánimo precio.

 ¡Dichoso el que alcanza a ver
del sol del rey sólo un rayo!

BRUNO: Cata a muesamo hecho un mayo.

FILETO: Luego, ¿es él?

BRUNO: ¿Quién puede ser?

FILETO: ¡Esto tan presto se medra!

A fe que estás gentil hombre.

FELICIANO: Como sin el sol el hombre
no es hombre, es estatua, es piedra,
 ansí aquel que nunca vio
la cara al rey. Tomad esto

Dales dinero

y los dos os vestid presto
ansí a la traza que yo,
 aunque no tan ricamente,
para que aquí me serváis;
porque en aquéste que andáis,
no es hábito conveniente.

BRUNO: Pues, ¿de qué te serviremos?

FELICIANO: De lacayos, que tenéis
buenos cuerpos, y otros seis
para pajes buscaremos;
 que pajes he de tener
para alcaide de París.
Ea, ¿cómo no partís?

FILETO: Con temor de no saber

si sabremos el oficio.

FELICIANO: Pues, ¿tiene dificultad
ir delante, en la ciudad,
del caballo?

BRUNO: ¡Hermoso vicio!

FELICIANO: Pasad delante de mí.

FILETO: ¿Los dos? Pues ponte detrás.

FELICIANO: Id caminando.

BRUNO: ¿No es más?

FELICIANO: No es más.

BRUNO: Pues ya lo aprendí.

FILETO: Agora acabo de ver
que hay acá más de un oficio,
que es vicioso su ejercicio,
y viste y come a placer.

Si no hubieran los señores,
los clérigos y soldados
menester tantos criados,
hubiera más labradores.

Vase un cochero sentado,
que todo lo goza y ve;
¡mal año, si fuera a pie
con la reja de un arado!

Sale LISARDA, muy gallarda

LISARDA: A tomar tu parece
del nuevo traje he venido.

FELICIANO: Nunca mejor le has tenido
porque tienes nuevo ser.

 Dame esos brazos, Lisarda,
porque has doblado mi amor
con verte en el justo honor
de tu condición gallarda.

LISARDA: Mas, ¿si me padre me viera?

FELICIANO: Pienso que perdiera el seso.

FILETO: Parabién del buen suceso,
ama y señora, te diera,
 a saber la cortesía
con que te habemos de hablar.

LISARDA: Éstos, ¿han de ir al lugar?

FELICIANO: No tan presto, hermana mía,
 porque en mi servicio quedan.
Y quédate a Dios; que voy
a vestirlos, porque hoy
por París honrarme puedan.

Vase

LISARDA: Dios te guarde.

REY: Hermosa, Lisarda, estás
con ese nuevo vestido.

LISARDA: Señor, como nube he sido
donde con tus rayos das;
 que como el sol las colora,
cuando alguna se avecina,
ansí con tu luz divina
mi nube se doma y dora.

REY: Todos me debéis amor
desde una noche que os vi.

LISARDA: Aunque en disfraz, conocí
vuestro supremo valor.

REY: Quiero a vuestro padre mucho.

Sale OTÓN, sin ser visto

OTÓN: (Ya, ¿qué me queda por ver?) **Aparte**

REY: Y a vos os pienso querer.

OTÓN: (¡Con qué sufrimiento escucho! **Aparte**

 Pero la desigualdad
no me promete más furia,
y sólo Lisarda injuria
la fe de mi voluntad;
 que el rey, ¿por qué obligación
no ha de procurar su gusto?)

REY: De hacerle mercedes gusto,
ansí por la discreción
como por el valor grande
que en su pecho he conocido.

LISARDA: Pues sus hijos le ha ofrecido,
¿qué puede haber que le mande
vuestra alteza que no haga?

OTÓN: (¿Qué invención podré fingir **Aparte**
con que les pueda impedir
y que al rey le satisfaga?)

Saliendo

Señor, mire vuestra alteza
que es hora ya de comer.

REY: Sí, Otón, sí debe de ser.
Pero juega de otra pieza,
que con ésa perderás.

OTÓN: ¿No es ya que comas razón?

REY: Estáte quedito, Otón.
Ten paciencia y ganarás.

OTÓN: ¿De qué la debo tener?
¿No te sirvo en lo que puedo?

REY: Nunca al poder tengas miedo
cuando es discreto el poder.

OTÓN: Come, señor, por tu vida.

REY: Aguardo un huésped, Otón.

OTÓN: ¿Tú? ¿Huésped?

REY: Y de un rincón;
que éste nunca se me olvida.

OTÓN: Parece que ya de mí
no fías lo que solías.

REY: Menos tú de mí confías,
pues que te guardas ansí.

OTÓN: Señor, no entiendo el estilo
con que hoy me tratas.

REY: No importa.
Mucho Amor, con celos corta.
Embótale un poco el filo.

***Vase LISARDA. Salen FINARDO y luego JUAN
Labrador***

FINARDO: Ya está Juan Labrador en tu palacio.

REY: Sea Juan Labrador muy bien venido.

JUAN: Para servirte aún me parece espacio,
invicto rey, la prisa que he traído.

Vase OTÓN

REY: Mucho de tus intentos me desgracio,
aunque estoy a tu estilo agradecido.
¿Por qué no quieres verme? ¿Soy yo fiera?

JUAN: Porque morir en mi rincón quisiera.

REY: ¿Tú no sabes lo que es antipatía?
¿Por qué secreta estrella me aborreces?

JUAN: ¿Aborrecerte yo? ¿Cómo podría,
que ser amado, príncipe, mereces?
Colmando el cielo en la aldehuela mía
de sus bienes mi casa tantas veces,
me pareció que solamente el verte
podría ser la causa de mi muerte.

No me engañé, pues en tu rostro veo
que eres tú aquél que ya cenó conmigo,
y desde entonces tanto mal poseo
que parece del cielo este castigo
por sólo verte--lo que apenas creo--
dejando mi rincón tus salas sigo,
llenas de tus pinturas y brocados
y de la multitud de tus criados.

Acá tengo mis hijos, que no siento
tanto como el hallarme yo en persona
en medio de tan áspero tormento;
y si te enojo, gran señor, perdona.

REY: ¡Hola! Dad a mi huésped un asiento,

que haber nacido rústico le abona;

Juan, asentaos.

JUAN: Señor, ¿que yo me asiente?

REY: Sentaos, pues quiero yo; sentaos, pariente.

JUAN: Siéntese vuestra alteza.

REY: Sois un necio.

¿No veis que me mandáis vos en mi casa?

JUAN: Si en la mía yo os hice ese desprecio,
no os conocí.

FINARDO: (¿Que es esto que aquí pasa?) **Aparte**

REY: Mucho de que a mi lado estéis me precio.

JUAN: A mí, señor, con su calor me abrasa
el rostro la vergüenza.

REY: Mucho os quiero.
De hoy más habéis de ser mi compañero.

JUAN: Señor, si allá os hubiera conocido,
cenárades mejor.

REY: Yo me fui a veros,
pues nunca a verme vos habéis venido.

JUAN: Fui villano en rincón, no en ofenderos.

REY: Del empréstito estoy agradecido.

JUAN: Señor, yo no he prestado esos dineros.
Lo que era vuestro dije que os volvía,
porque de vos prestado lo tenía,
y así réditos fueron el presente.

REY: ¿Qué cordero fue aquél y qué cuchillo?

que no habrá sol que mi ignorancia dome.

REY: La cabecera es justo que posea,
Juan Labrador, por ruin que el huésped sea.

*Salen FELICIANO, LISARDA, FILETO y BRUNO, de
lacayos graciosos*

FELICIANO: ¿Mi padre con el rey está comiendo?

BRUNO: Así lo dicen.

FILETO: ¿No le ves sentado?

FELICIANO: Lisarda, ¿qué es aquesto?

LISARDA: Estoy temiendo
que el fin de nuestras vidas sea llegado.

*Salen la INFANTA y el ALMIRANTE, y
MÚSICOS*

INFANTA: Si tal huésped estáis favoreciendo,
¿por qué primero no me habéis llamado?

REY: Vednos, Ana, comer, por vida mía.

JUAN: Beber, señor, si vos mandáis, querría.

Cantan [los MÚSICOS]

MÚSICOS: "Cuán bienaventurado
un hombre puede ser entre la gente,
no puede ser contado
hasta que tenga fin gloriosamente;
que hasta la noche oscura
es día, y vida hasta la muerte dura."

*Salen tres enmascarados con sayos, trayendo en
platos, que ponen sobre la mesa, el uno un cetro, el otro una
espada y el último un espejo*

JUAN: ¿Qué es esto, invicto señor?

REY: Son tres platos que me han puesto,
de que tú podrás comer.

JUAN: Antes ya comer no puedo.

REY: No temas, Juan Labrador;
que nunca temen los buenos.

Vanse los enmascarados

Este primero que ves
tiene el cetro de mi reino;
ésta es la insignia que dan
al rey, para que a su imperio
esté sujeto el vasallo.

JUAN: Siempre yo estuve sujeto.

REY: Este espejo es el segundo,
porque es el rey el espejo
en que el reino se compone
para salir bien compuesto.
Vasallo que no se mira
en el rey, esté muy cierto
que sin concierto ha vivido,
y que vive descompuesto.
Mira al rey, Juan Labrador,
que no hay rincón tan pequeño
adonde no alcance el sol.
Rey es el sol.

JUAN: Al sol tiemblo.

REY: No temas; que a este convite
no he de colgar del cabello
como el tirano en Sicilia
el riguroso instrumento;
que esta espada viene aquí
por la justicia que puedo
ejecutar en los malos,
pero no para tu cuello.

Cantan

mi muerte.

REY:

Pues oye, Juan.

Este papel del primero

es un título que doy

con cuanta grandeza puedo,

de caballero a tu hijo.

Goce de este privilegio.

El segundo es para el dote

de tu hija, en que te vuelvo

sobre los cien mil ducados,

en diez villas otros ciento.

Y porque ver no has querido

en sesenta años de tiempo

a tu rey, para ti trae

una cédula el tercero

de mayordomo del rey;

que me has de ver, por lo menos,

lo que tuvieres de vida.

JUAN:

Los pies y manos te beso.

REY:

Quitad la mesa, y mi hermana

diga a cuál vasallo nuestro

le quiere dar a Lisarda.

INFANTA:

Eso, señor, digan ellos,

pues el dote y la hermosura

y tu gracia es tanto premio.

OTÓN:

Antes que ninguno hable,

a ser su esposo me ofrezco.

REY: Otón, juráralo yo
desde los pasados celos.
Ana, primero que os vais,
de este alegre casamiento
seremos los dos padrinos.

INFANTA: Lo que a mí me toca acepto.
Daos las manos.

REY: Feliciano,
¿no está casado?

INFANTA: Yo quiero
honrar mucho a su mujer.

REY: Aquí, senado discreto,
el villano en su rincón
acaba por gusto vuestro,
besándoos los pies Belardo
por la merced del silencio.

FIN DE LA COMEDIA

